

sultados. Es cierto que Paulo II gastó mucho para desenterrar antigüedades. Amó las artes y el dinero, y se mandó hacer una tiara de valor de cincuenta mil marcos (275.000 francos). Consiguió formar una liga de todos los potentados de Italia, para mantener la independencia de cada uno de ellos. Los príncipes de Este, que ya habían obtenido del emperador los ducados de Módena y Reggio, alcanzaron del papa el título de duques de Ferrara, é hizo que tomara asiento entre los cardenales Bosso de Este, á quien regaló la Rosa de oro. Ya no se trataba de proyectos de reforma para la curia romana; y mientras se ahuyentaba cada vez más la idea de convocar un concilio, las encomiendas y los beneficios concedidos ó prometidos, se multiplicaban con otros abusos de esta clase.

Sixto IV (Francisco de Ascola de la Rovera) (1471), cuya política incierta y desleal hemos visto tanto en Nápoles como en Florencia, dejó todavía peor renombre que Paulo II. «El fué el primero que comenzó á demostrar á cuánto alcanzaba el poder de un pontífice, y de qué manera, mil cosas tratadas antes de errores, podían ocultarse bajo la autoridad pontificia.» Trató de armar á la cristiandad contra los turcos; pero sólo consiguió quitarles Esmirna y expulsarles de Otranto. Los mancebos de quienes se rodeaba, hicieron que se hablara mal de sus costumbres. Manifestó extremado vigor en las guerras que se encendieron entre los Colonna y los Orsini, y pasó la ciudad á sangre y fuego. Beneficios, obispados, principados, dignidades, empleos llovieron sobre los Riario y los Rovera, sus sobrinos. Rafael Sansoni, nombrado cardenal á los diez y siete años, llevaba en pós de sí una comitiva de diez y seis obispos; el inepto Pedro Riario, legado de toda la Italia, tenía una córte de más de quinientas personas. Para Jerónimo Riario fundó Sixto IV el señorío de Imola y le preparaba otro más importante en la Romaña; pero hallando un obstáculo á este proyecto en los Médicis, se asoció á la conjuración de los Pazzi, y castigó con excomuniones á Lorenzo porque no había dejado que le dieran muerte los conjurados.

Sixto IV halagó á Venecia mientras tuvo esperanza de que le sirviera de instrumento para su nepotismo ambicioso; luego la abando-

nó para unirse al rey de Nápoles y al duque de Ferrara, que hacían la guerra á los venecianos y fulminó contra ellos el entredicho. Sin inquietarse Venecia de la sentencia, citó al papa al futuro concilio, y recibió despues cuando la paz de Bañolo lo que había perdido, con sus derechos de navegacion en el Pó y la Polesina de Rovigo. «Este ambicioso modo de obrar le hizo estimar más de los príncipes de Italia y todos trataron de ganárselo por amigo.» El hecho es que aquel nepotismo descarado deshonraba á la Iglesia. El abuso de las censuras les hacia perder todo crédito, y Luis XI envió á intimar al papa con altivez la orden de retirar las censuras fulminadas contra Florencia y convocar un concilio.

Apenas Sixto IV, á quien el mal éxito de sus designios había llenado de amargura, dió el último suspiro, cuando el palacio de sus sobrinos fué demolido. Los granos que había acumulado fueron saqueados, y los Colonna que había perseguido volvieron á Roma, donde se sostuvieron con las armas en la mano. Esforzaronse los cardenales en prevenir nuevos desórdenes, estableciendo aún una capitulación; pero en lugar de aquellos expedientes, siempre eludidos, debieron pensar en hacer una nueva elección. Dinero y promesas la hicieron recaer en Juan Bautista Cibo que tomó el nombre de Inocencio VIII, á quien los pasquines declararon llamarse Padre con razón. Embelleció á Roma, castigó algunos falsificadores de bulas, pero se puso á merced de su sobrino Francisco Cibo que se enriquecía concediendo, mediante grandes primas, la impunidad á los bandidos de que Roma era una guarida. Creó Inocencio por sugestión suya una cantidad de empleos; y los que lo compraban alto precio se indemnizaban traficando con las gracias apostólicas.

Considerando Venecia el clero como dependiente del gobierno, había hecho siempre los nombramientos y dignidades. Inocencio, que quería atraer á sí la elección de las sillas de Pádua y Aquilea, se opuso entonces á ello, así como á los derechos del diezmo exigidos sobre las fundaciones religiosas. Combatió con ayuda de una política tortuosa la perfidia de Fernando, rey de Nápoles, y descuidó los negocios eclesiásticos. El deso de prolongar los días que los antiguos pontífices prodigaban con una

santa generosidad le hizo recurrir á todos los medios, hasta hacer pasar á sus venas la sangre de tres niños.

De esta manera es como los papas, siendo cada vez menos dignos de la tiara, preparaban el azote que estaba ya próximo; pero nos detendremos antes de llegar á hablar de un pontífice cuya memoria está todavía más manchada.

CAPITULO III.

Cristóbal Colon.

Un error geográfico sobre la forma del Africa, y otro error histórico sobre la existencia del Preste Juan, habían animado á los portugueses á encontrar un nuevo paso para las Indias. Un nuevo error, pero al mismo tiempo una reflexión profunda para concebir, una constancia imperturbable para ejecutar, y esa fuerza de carácter que es la única que lleva á cabo las grandes empresas, condujeron á un descubrimiento de la más alta importancia á un italiano que se levanta como un gigante sobre los confines de la edad media y de los tiempos modernos.

Cristóbal Colon, de una familia noble de Placencia empobrecida por las guerras de la Lombardia, era natural de Génova ó sus cercanías, y se dedicó á la navegacion. Siendo todavía joven interrumpió sus estudios, que había comenzado en Pavia, para seguir la carrera de su padre, y bien pronto se distinguió por su valor y habilidad marítima, como también por sus conocimientos en geometría, astronomía y cosmografía. Despues de haber mandado buques napolitanos y genoveses, fué á Portugal, en donde los italianos, ó segun se les llamaba, los lombardos, eran muy bien recibidos, porque su instrucción favorecía el ardor de los descubrimientos. Lisboa, particularmente, estaba llena de sábios, curiosos, aventureros, misioneros, comerciantes y artistas, que de todas partes acudían para tomar parte ó utilizarse de unos acontecimientos cuya fama circulaba y se había extendido por todo el mundo. Colon, como marino, había contraído en aquella ciudad relaciones de amistad con una familia de viajeros, y recogía con avidez las narraciones, las conjeturas y hasta los sueños de los navegan-

tes. Quizá hizo algun viaje á la costa de Guinea; lo cierto es que todo alimentaba en él el deseo, estimulado por el cálculo, de extender sus descubrimientos en una esfera mucho más vasta que á la que hasta entonces se habían limitado.

Pero desprovisto de medios suficientes ¿cómo podía esperar ver realizadas las constantes ilusiones de su pensamiento? Conservaba, no obstante, sus dorados sueños y se lisonjaba encontrar un apoyo respetable en la opinión de los antiguos sábios; porque lejos de proceder al azar, no cesó de consultar el cálculo, las estrellas y el mar, sobre el viaje que meditaba; y si los que descubrieron las playas africanas no hicieron más que seguir un continente piramidal, cuya costa en el Oriente era ya conocida de los árabes, Cristóbal se preparaba una conquista de reflexión, proponiéndose llegar á Asia por un camino que todavía no se había intentado.

Colon conocía muy bien la opinión de la antigua escuela italiana, con respecto á la esferoide del mundo y á la existencia de los antipodas; doctrina que, anatematizada en algun tiempo, llegaba á estar de día en día más generalizada. Si, pues, la tierra es esférica, se podrá pasar de un meridiano á otro, ya sea en dirección del Oriente, ya en sentido inverso, y ambos caminos serán complemento uno de otro; de modo que si uno pasa de ciento ochos grados, el otro será menor, es decir, más directo. En este sencillo raciocinio se apoyaba Colon.

Eratóstenes fué el primero que evaluó en doscientos cuarenta grados la distancia entre la Iberia y las costas de la China, y su cálculo apenas erraba en diez grados. Estrabon adoptó aquel cálculo, pero Marin de Tyro le redujo á ciento treinta y cinco grados, y Tolomeo al corregirle, se engañó también en cuarenta y uno. Colon había leído en este autor que la tierra está dividida en veinticuatro horas de quince grados cada una; y de este número los antiguos conocían ya quince, desde Gibraltar á Tina en Asia; los portugueses avanzaron hasta el diez y seis, y no quedaban ya más que ocho, es decir, una tercera parte de la superficie terrestre. Colon sabía además que los mares formaban un séptimo de la parte seca del globo. «El mar es, pues, muy poca cosa; no es tan

grande como supone el vulgo, y no debería ser muy difícil atravesar el Atlántico, para llegar á la otra extremidad del continente de la India, desde donde se podría volver á Europa por tierra.» Séneca, Plinio, Aristóteles y Alfergani, habían dicho que bastaría un viaje de pocos días para ir desde España á la India, y las relaciones de Marco-Polo y de Mandeville, afirmaban que aquella región se avanzaba mucho más lejos de lo que hasta entonces se había reconocido. Parecía además cierto, pues, que el grado bajo el Ecuador no debía tener más que catorce leguas de extensión, que para llegar desde las Canarias á las regiones más orientales del Asia no habría que recorrer más que quinientas millas por mar. Y aún así hubiera sido una distancia excesiva para una navegación acostumbrada al cabotaje; mas las nociones precedentes la hacían esperar puntos de descanso.

Los continuos descubrimientos hacían creer en la posibilidad de otros nuevos. La Atlántida de Platon, la Antilla de los fenicios y las islas Afortunadas de los poetas, vivían en la memoria de todos. Los habitantes de las Canarias afirmaban que veían al Occidente una grande isla montuosa; algunos habían ido á buscarla, y aunque nada consiguieron, se creía, no obstante, en ella. Dióse el nombre de isla de San Brandan, á esta ilusión de óptica.

Colon no daba crédito á aquella opinión; pero acumulaba, no obstante, todos los argumentos, por débiles y frívolos que fuesen para confirmarse en la idea de una tierra situada al Occidente, y para insinuársela á los demás. Un navegante encontró flotando árboles desconocidos en nuestros climas, un pedazo de madera cortado sin emplear el hierro, juncos enormes como Tolomeo describe los de la India, y dos cadáveres que presentaban facciones diferentes de las nuestras, y todo esto no podía pasar desapercibido.

Colon nos ha transmitido sus razones; porque su primer cuidado, como el de todo hombre emprendedor, debió ser el de disculpar su audacia, reuniendo áun las más pequeñas circunstancias, cuyo conjunto había de demostrar la posibilidad de llegar por un camino más corto á la región de las especias. Parecieron entonces frívolas, y despues sirvieron de argumento con-

tra él, para disminuir el mérito de su descubrimiento.

Colon añadía á ellas la famosa profecía de Séneca anunciando que el mar ofrecería nuevas tierras, y que otro Tyfis descubriría mundos desconocidos. Se apoyó luego en motivos sobrenaturales, y en pasajes de la Sagrada Escritura, diciendo que sólo faltaban ciento cincuenta y cinco años para concluirse el mundo, y que habiendo profetizado Isaías, que la verdad sería predicada por la tierra, Dios quería hacer un gran milagro, abriendo por aquel nuevo lado el camino de la India.

Para ilustrarse acerca de aquellas especulaciones que fermentaban en su ánimo, Colon recurrió al geómetra más hábil de aquel tiempo (1474). Pablo Toscanelli de Florencia que le respondió conforme á sus deseos, que la travesía á las Indias era fácil por el Occidente; que no había que recorrer más que cuatro mil millas en línea recta para ir desde Lisboa á la provincia de Mangi, cerca del Cathay, tan magníficamente descrito por Marco Polo; y que en el camino debían encontrarse las islas Antilla y Cipango, distantes una de otra doscientas veinte y cinco leguas.

¿Qué más faltaba para convertir en convicción las hipótesis de Colon, é inspirarle el doble entusiasmo de la ciencia y de la fé?... Efectivamente, Colon era en extremo religioso, y no sólo conversaba amenudo con sacerdotes, sino que algunas veces vestía su traje; y en la empresa que meditaba, le animaba el deseo de salvar una multitud de infelices, haciéndoles ver la verdad, y de adquirir grandes riquezas para obtener la *restitucion de la Casa Santa*, es decir, para libertar á Jerusalem y destruir el islamismo.

Hacia aquel tiempo (1477) hizo su viaje á Islandia; y aunque allí pudiese recoger por casualidad alguna noticia sobre los descubrimientos que ya remontaban á cuatro siglos, no pudieron ni sugerirle sus pensamientos, ni aún confirmarle en ellos; porque no se proponía descubrir nuevas tierras, sino llegar por el Occidente á Cipango y demás regiones descritas por Marco Polo.

Pero ¿cómo procurarse los medios? La Italia estaba dividida en pequeños estados agitados, obligados á defender su independencia de ex-

tranjeros ambiciosos. Las dos repúblicas marítimas, aspiraban más bien á conservar los antiguos caminos en que ejercían su monopolio, que á buscar otros nuevos, exponiéndose á peligros desconocidos, y á aprovecharse del comercio del Mediterráneo, más bien que hacer que participasen de él las naciones situadas en las orillas del Océano. La Francia pasaba de la dominación de un rey positivo y avaro, que acababa, no obstante, de darla unidad, á la de un príncipe emprendedor y novelesco, que soñaba en conquistas tan fáciles de hacer, como difíciles de conservar.

Portugal tenía toda su atención fija en el Africa, hasta que indisponiéndose con Castilla convirtió contra ella todo el ardor que había desplegado en los descubrimientos. Mas cuando le reanimó Juan II y la aplicación del astrolabio hizo menos temerario el pensamiento de aventurarse en una mar sin orillas, Colon corrió á proponer sus ideas á aquel rey. Hizo que las examinasen los sábios y los grandes, que las encontraron descabelladas y llenas de orgullo.

Entre los encargados de examinar aquella proposición, se hallaba Martin Behaim de Nuremberg, exaltado por algunos como el precursor de Colon, y al que debemos mirar con alguna atención, como hombre que representaba las ideas más avanzadas que se tenían entonces en geografía. Nació hacia 1430, y se dedicó en un principio al comercio, pero se aficionó demasiado tarde á aquella ciencia; fué llamado á Portugal, en donde contrajo amistad con los mejores cosmógrafos, y quizá ayudase á Rodrigo y José á combinar el astrolabio con la brújula. Se embarcó despues con Diego Cam y dobló el cabo de Buena-Esperanza; despues de lo cual se trasladó á las Azores, en donde casó con una hija de Job de Hurter, gobernador de la colonia flamenca que allí se había establecido.

Volvió á Nuremberg, su patria, en 1490, y esta ciudad, una de las más ilustradas, no le dejó descansar hasta que hubo satisfecho su docta curiosidad, construyendo un globo terrestre que debía conservarse en los archivos. Este es el primer microscopio que señala la historia de la geografía. Tiene pie y medio de diámetro, su superficie está cubierta con un

pergamino, en el cual se hallan trazados los circuitos de los países conocidos, y unas breves notas con figuras de hombres y noticias sobre las costumbres. «Sébase, se ve allí escrito, que este globo representa el tamaño de la tierra tanto en longitud como en latitud, medida geométricamente, segun la *Cosmographia Ptolomoei* por una parte, y por lo demás, segun el caballero Marco Polo, y el respetable doctor y caballero Juan de Mandeville. El ilustre don Juan, rey de Portugal, hizo en 1485, que sus navíos visitasen todo el resto del globo hacia el Mediodía, desconocido á Tolomeo; descubrimiento, en que yo, autor de este globo, me he encontrado. Hacia el Oeste se halla el mar llamado Océano, en donde se ha navegado también más lejos de lo que ha indicado Tolomeo, y más allá de las columnas de Hércules, hasta las islas Azores, Fayal y del Pico, que están habitadas por el noble y piadoso caballero Hurter de Morchirchen, mi querido suegro, con colonos llevados de Flandes. Hacia las regiones tenebrosas del Norte, mas allá de los límites indicados por Tolomeo, se encuentran la Islandia, la Noruega y la Rusia, hoy día conocidas, y hacia las que cada año se envían buques, aunque el mundo sea bastante sencillo para creer que no puede navegarse por todas partes; atendida la forma de globo en que está hecho.»

Hé aquí las autoridades y el resumen de los conocimientos de aquella época. La América no figura en el globo de Behaim, pero como las dimensiones generales de la tierra están en él mal calculadas, el vacío que deja la falta de aquella región, es menos grande; su sitio se halla ocupado en parte por el Continente Asiático, y el Japon se encontraba á doscientos ochenta grados en vez de ciento cincuenta. Se creía, pues, que no había que recorrer más que la mitad del camino verdadero para ir desde las Azores á Asia.

Dos tierras se encuentran además marcadas en este espacio; una hacia el grado 330 de longitud, llamada *Antilla*, debajo de la cual escribió Behaim: *En 734, cuando la España fué sometida por los africanos, la Antilla fué poblada por un arzobispo de Oporto acompañado de otros seis obispos y de muchos cristianos que habían huido de España con sus ganados y bienes.*

La otra tierra, más grande, entre el Asia y las Azores, se llama San Brandan, y la inscripción dice: *En 563, despues de J. C., San Brandan arribó con un barco á esta isla, donde encontró cosas maravillosas, y volvió despues de haber permanecido allí siete años.*

Behaim fué del número de los que desaprobaban el proyecto de Colon, insistiendo en que los portugueses continuasen sus exploraciones al Sudeste; pero algunos intrigantes de los que se llaman políticos, aconsejaron al rey detener á este aventurero, hasta que se enviasen bajeles á ver lo que era. Indignado Colon con las asechanzas que le tendian, abandonó secretamente el Portugal; volvió á su patria, y tal vez ofreció sus servicios á Venecia é Inglaterra, vagando así de país en país preocupado con un gran pensamiento que no encontraba medio de realizar. Avanzaba en edad, y nada le acercaba al objeto á que se dirigian todas sus esperanzas.

El espíritu de asociacion hubiera podido evitar á Colon la humillacion de las negativas de los reyes. Así es como en nuestros días, cuando el gobierno inglés negó un barco al capitan Ross, que en un primer viaje habia perdido los derechos á su confianza, se abrió una suscion para proporcionarle uno, y pudo resolver uno de los problemas geográficos más debatidos, el de un paso al Noroeste. Pero entonces no era posible ejecutar una grande empresa sin recurrir á los reyes, en el dia basta con que no quieran estorbarla.

Dirigióse, pues, Colon á España (1485); y caminando á pié con su hijo Diego, fué á pedir pan y techado al convento de Santa María de la Rabida. Afectado Fr. Juan Perez, prior de aquel monasterio, con el fatal signo que los grandes pensamientos imprimen en la frente del hombre, se impuso de la posicion y proyectos del extranjero, y como era un talento cultivado, le escuchó con interés, aplaudió lo que meditaba, y le recomendó á su compañero Fernando de Talavera, confesor de la reina Isabel, en el momento en que los reyes sitiaban á Loja (1486), con la resolucion de extirpar los restos de la dominacion árabe. No juzgó el confesor propicia la circunstancia para presentar á un extranjero vestido bastante pobremente, y que no tenia que ofrecer más que un proyecto

que tenia por una quimera. Vióse, pues, obligado á abrirle él mismo el paso. Encontró á alguno que le escuchase, y pudo, en fin, hacerse presentar al arzobispo Mendoza, aquel gran cardenal que llamaban el tercer rey de España.

Es cierto que los asertos de Cristóbal Colon causaban recelos á los teólogos, como que indicaban la existencia de otros mundos y de otros hombres, de que no se habla en el Génesis. Pero el nuncio apostólico Geraldin demostró que no estaban en contradiccion ni con San Agustin ni con Nicolás de Lira, que no eran cosmógrafos ni navegantes. Una vez acallados los primeros escrúpulos religiosos, el cardenal prestó voluntariamente oido á Colon, y le presentó á los reyes. Su entusiasmo y profunda conviccion se comunicaron á los soberanos de España, y encargaron á una comision examinase lo que proponia.

Verificóse la conferencia en los dominios de Salamanca, donde tuvo Colon que discutir con profesores de diversas ciencias y con teólogos; pero á pesar de todas las preocupaciones que se suscitaban contra él, la lealtad prevaleció en algunos, y les hizo declarar en alta voz que estaban lejos de considerarle como un visionario. Si no obstante, no fué rechazado, tampoco con mucho apuro. La guerra de Málaga absorbía todos los pensamientos, como tambien todas las rentas públicas; y la resistencia de la córte exponia á Colon á los sarcasmos de los abyectos grandes, que amoldaban su modo de pensar y sentir al de los príncipes cuyo favor ambicionaban.

Fué tomada Málaga (1492), ocurrió la peste, y Colon iba de una parte á otra siguiendo á la córte, hasta dando pruebas de valor militar, y recibiendo de tiempo en tiempo alguna subvencion, limosna mortificadora para aquel que alimenta una idea capaz de enriquecer á los más grandes monarcas. Sin embargo de estos combates con los moros, y de la noticia llegada de Tierra Santa traída por dos religiosos, de que el soldan queria asesinar á los cristianos para vengar á los mahometanos de España, animase Colon con nuevo ardor. Le pareció que él sería el exterminador del islamismo, sacando del descubrimiento de las Indias las riquezas necesarias para llevar á cabo aquella magnánima em-

presa, y convertir á los súbditos del gran Khan, que los misioneros representaban avaros de predicaciones. En fin, fueron tomadas las plazas de Illora, Alhama, Baeza, Almería, Guadix y otras, y se trató de la guerra decisiva contra Granada, despues de la cual se daban esperanzas á Colon de que su proposicion se examinaria de nuevo.

Pero, ¿qué era esto para un hombre convencido de la conveniencia de su plan, y especialmente para un hombre que iba á cumplir cincuenta y seis años? Se encontraba en la alternativa de ser inmortal, ó perecer oscuramente como un insensato visionario. ¡Qué lucha tenia que sostener una alma de su temple! ¡cuántas veces debió desesperarse de los hombres y de sí mismo, y maldecir la raza humana, tan pronta para correr á su ruina, tan obstinada en contra de lo que es útil y verdadero! ¿Qué otro apoyo podia quedarle aún que su fé en aquel Dios á quien se reconocia deudor de su inspiracion, y en quien confiaba para su cumplimiento?

Volvió al lado de sus religiosos de la Rabida, y encontró lo que los reyes y las Córtes le negaban, un exámen concienzudo, simpatías tan necesarias en las grandes empresas y nuevas recomendaciones para la reina Isabel. Peleaba ésta entonces en la vega de Granada con el casco y la armadura. Capaz, aunque mujer, de hacer ceder el entusiasmo á los cálculos de la prudencia, acogió las instancias de fray Perez y del genovés, que le suplicaban aceptar el regalo de un nuevo reino. Cristóbal, á quien recibió en la improvisada ciudad de Santa Fé, vió caer la última muralla de los musulmanes y su más espléndida residencia (1492). Triste y desanimado en medio de la universal alegría, veia con indiferencia y casi con desden un triunfo que regocijaba todos los corazones. Pero aquel triunfo despejaba el terreno, y daba ánimos para pensar en la realizacion de sus designios. Se comenzó, pues, á tratar seriamente con él, y á pesar de las condiciones que proponia.

¡Pareció extraño al orgullo español que aquel oscuro italiano pidiese los títulos de almirante y virey del país que descubriera, como si nunca pudiese el genio aspirar á honores que sólo debe dar la casualidad del nacimiento! Fué, pues, despedido con los desdenes que en las Córtes se siguen á una desgracia, y presa

de las amargas reflexiones que asaltan á un hombre grande cuando se ve desconocido. Iba á abandonar á la ingrata España, cuando otras personas benévolas despertaron en el corazón de Isabel sentimientos generosos. Aún fueron contrariados, como acontece comunmente, por cálculos de dinero; pero se conoció que dos barcos y trescientas mil coronas bastarian para la expedicion, y se convino en que Colon contribuiria á los gastos con una octava parte, á condicion que se le asegurara una octava parte tambien de las ventajas. La reina ofreció halajjas para completar la suma; pero el ministro San Angelo consiguió proporcionarla. Estas fueron las convenciones que se estipularon.

Colon debia ejercer durante su vida, y sus herederos y sucesores despues de él perpétuamente, las funciones de almirante, en todas las tierras y continentes que hubiera descubierto y adquirido en el Océano, con los mismos honores y prerogativas, que el gran almirante de Castilla en su jurisdiccion.

Debía ser virey y gobernador general de todas las dichas tierras y continentes, con el privilegio de designar para el gobierno de cada isla ó provincia tres candidatos, entre los que elegirian uno Fernando é Isabel. Tenia derecho á una décima parte de todas las perlas, piedras preciosas, oro, plata, especieria, géneros y mercancías de cualquiera clase que se encontrasen, comprasen, cambiasen ó estuviesen en los límites de su jurisdiccion, descontados los gastos.

Colon ó su teniente debia ser el único juez de todas las diferencias ó contestaciones que pudieran suscitarse en materia de comercio, entre los países descubiertos y la España, con tal que el gran almirante de Castilla tuviese el mismo privilegio en su jurisdiccion.

Le era permitido entonces, y en todo tiempo, concurrir con una octava parte á los gastos del armamento, y en su consecuencia recoger la octava parte de las ventajas.

Más generosos que la córte, los Pinzones de Palos proporcionaron á Colon los medios de armar un tercer barco para ejecutar el indigno tratado concluido con ella. Pero le quedaba que vencer la oposicion de los marinos de Palos, que consideraban como perdidos inevitablemente los que se aventuraban á una expedicion decla-